

## Santa Magdalena de Nagasaki (1611 - 1634)

Descubierto el Japón por los portugueses en 1542, de 1549 a 1551 se dio la predicación de san Francisco Javier, que abrió a Cristo la Tierra del Sol Naciente.

Principalmente los jesuitas, pero también el resto de las órdenes, iniciaron la evangelización del Japón, que desde un principio contó con numerosas conversiones, tanto de la gente sencilla como de daimios y bonzos, contando a su vez con el favor de los Shogun o emperadores japoneses.

Los agustinos iniciaron su tarea en 1602. En 1605 el Bto. Fernando de Ayala construyó en Nagasaki la iglesia de San Agustín y estableció una floreciente tercera Orden y confraternidad de Ntra. Sra. de la Consolación. Hombres y mujeres de esta asociación, ayudando a los religiosos, fueron evangelizadores de primera mano; todo ello hacía muy prometedora la misión evangélica del Japón.

Pero en 1614 la benevolencia de los gobernantes realiza un viraje completo. Mercaderes holandeses e ingleses establecidos en Tokio, el 1600, fueron desacreditando a los misioneros católicos convenciendo al shogun Daifusama de que conspiraban a favor de una conquista del país por el rey de España. Daifusama, dándoles crédito, publicó, en 1614, un decreto de expulsión de todos los misioneros y la destrucción de sus iglesias, dando así inicio a una persecución que duraría hasta el 1660, de forma cada vez más violenta. Esta perse-

cución mermaría casi por completo la prolífica expansión que la fe había alcanzado en tan escaso tiempo, pero a su vez ocasionó uno de los períodos más sublimes en el martirologio de la Iglesia, tanto por parte de los misioneros como de los cristianos laicos, al final de la persecución el número de mártires pasaba de 200.000.

Veinte fueron los agustinos que sufrieron el martirio, entre los que destacan los padres Fernando de Ayala y Alonso Navarrete, ambos decapitados en 1617, Pedro de Zúñiga (+1622), Bartolomé Gutierrez (+1629), Francisco Correira (+ 1634) y los padres nativos Tomás Jihioye y Miguel de san José (+1637), así como los catequistas Andrés Yoshida de Nagasaki (+1617), Juan Shozaburo (+1632) y un nutrido grupo de 600 agustinos y agustinas terciarios, entre los que destaca nuestra biografiada Magdalena de Nagasaki, canonizada por



Juan Pablo II en 1987.

Magdalena nació en 1611 en la ciudad de Nagasaki, en una familia noble, pionera en la aceptación del evangelio. Esto hizo que desde sus primeros años viviese en un ambiente y educación marcada por una viva fe cristiana de primeros cristianos. La pequeña, desde su infancia, como buena oriental, mostró una gran inclinación a la piedad y en especial a la oración. Ignoramos si fue debido al ambiente de persecución, pero el hecho es que desde muy jovencita su meditación de la pasión de Cristo era, junto a la meditación de la eternidad, lo que atraía su atención, y no pocas veces se la encontraba llorando al meditar en el Crucificado. Su piedad se alimentaba no sólo con el ejemplo familiar, sino también con los consejos y exhortaciones de los religiosos, a los que escuchó hablar de la grandeza de la virginidad, por lo que, siendo bien joven, prometió al Señor entregarse a él por medio de este voto. También en estos primeros años se la veía interesada en poder contribuir en las catequesis, sobre todo en lo que tocaba a los que no conocían a Jesucristo.

La persecución arreció y fue presa toda la familia. Sus padres y hermanos fueron martirizados, a ella, por verla tan joven, la dejaron en libertad, creyendo que sin el apoyo de los suyos abandonaría la fe de Jesucristo. Sin embargo este hecho fue para ella como una pista de lanzamiento hacia una actividad multiplicada a favor del robustecimiento de los que estaban sufriendo la persecución, y los que se veían tentados a claudicar a causa de los grandes contratiempos. Libre de cualquier freno familiar, pidió el hábito de religiosa terciaria, haciendo su profesión solemne en manos del P. fray Francisco de Jesús, vicario provincial.

A este tiempo, Magdalena, destacaba por su belleza física y su bonita voz, su natural alegre y ardoroso la volvían aún más atractiva; todo ello lo consagro a lo que fue su gran misión. Con la aprobación de su superior, se lanzó a una carrera de gigante, entre los suyos, como apóstol. En lo más duro de la persecución, hablaba de Cristo a tiempo y a destiempo, con los cristianos y con los paganos; evangelizaba, convertía, bautizaba cuando no había ministros, su gracia natural y su ardor por Jesucristo le daban una fuerza persuasiva admirable, por lo que consiguió fortalecer a muchos ánimos vacilantes, confirmar en la perseverancia a los que sufrían los efectos de la persecución e incluso el martirio. Sabía buscar a los que por miedo a perder los bienes y sufrir el martirio habían claudicado de su fe, haciéndoles desandar los pasos dados en falso. Organizaba con los cristianos más comprometidos veladas nocturnas de oración, que duraban hasta el amanecer. En pocos años fue grande la huella de su trabajo, era querida por todos y tenida ya por virgen santa, pero ello mismo la ponía cada vez más en el ojo del huracán de la persecución. Se hizo imposible permanecer en el poblado, por lo que decidió salir con un grupo de cristianos a los montes, escondiéndose en las cuevas. Allí encontraron no pocos cadáveres de cristianos que habían huido de la persecución pero habían sucumbido al ataque de las fieras y al hambre. De día permanecían ocultos en las cuevas y de noche bajaban a los poblados donde proseguía su tarea apostólica.

La persecución arreció cada vez más, y los tormentos se hacían más refinados y crueles. Magdalena, enterada de que esto hacía renegar a un buen número de cristianos, decidió presentarse al Shogun Yemitsu, en Nagasaki, con el fin de hacerle desistir de su actitud, sabiendo a lo que se arriesgaba, pero confiada de que la gracia de Jesucristo no le faltaría, por lo que en caso de ser condenada, con su entrega, podría fortalecer a los vacilantes. Puesta ante el emperador, sin más preámbulos, comenzó a decirle: “¿Cómo persigues con tanta tiranía y crueldad a los cristianos?... Si es porque adoran al verdadero Dios, dime, ¿a quién más justamente que al creador de todo lo visible e invisible?, ¿a quién con más razón que al Señor de cielo y tierra?, ¿a quién mejor que al que nos crió sin merecerlo, y que nos conserva y sustenta tan de balde? ¿a quién mejor que al que perdona las culpas con clemencia y gobierna las cosas con tal prudencia? Deja pues de perseguir a los cristianos y hazte cristiano con ellos. Mira que Dios es misericordioso y perdona a los que hacen penitencia. Toma mi consejo y ganarás el cielo, de lo contrario padecerás muerte eterna y fuego perdurable. Mira que Dios es sumamente justo y premia y castiga a cada uno según sus obras”.

Contaba 23 años, y Yemitsu, perplejo, en un primer momento trató de hablarle con palabras halagadoras, diciéndole que era ella la que debía dejar la nueva fe adoptada, pues era demasiado joven para morir; que, por su hermosura, bien podía él casarla con el mayor señor del Japón. Ella con su ardor y gracejo característicos le respondió que nunca mejor edad para ir al cielo, que cuando poco se ha arraigado en la tierra, que la hermosura es flor que al primer sol se marchita y que en ningún sitio se conserva mejor que en el paraíso, que de

matrimonio no precisaba porque ya estaba desposada con un Esposo inmortal, y que en cuanto a dejar la fe de los cristianos, nada le podía ser más placentero que derramar su sangre y recibir las más refinadas torturas por su fe en Jesucristo. El emperador cambiando su tono amable la amenazó con los peores tormentos y la mandó encarcelar. Magdalena se sentía radiante de felicidad, su semblante alegre la delataba hasta no poder disimular su contento, y una vez en prisión la escuchaban cantar con frecuencia himnos cristianos y salmos de alabanza.

Aseguran que su belleza se incrementó en estos días por el contento, el mismo shogun trató de nuevo de persuadirla con grandes promesas, pero dada su tenacidad y persistencia, corrido por no conseguir nada, se aseguró de que sufriera mayores tormentos que el resto de los cristianos. Se le hacía beber agua en gran cantidad y luego era colgada de los pies, cabeza abajo, para que el agua saliese por todas las partes de la cabeza, así muchas veces. Pero ella no sólo persistía en su fe sino también en su alegría, por lo que Yemitzu hizo que le metiesen púas hechas de cañas frescas entre los dedos de las manos y las uñas, ella, que no podía contener las lágrimas, tampoco contenía su boca, y alababa a Dios por el dolor y la sangre que por él vertía. En vistas de que nada la arredraba sentenció se le diera muerte con el tormento de las cuevas, junto con otros diez cristianos.

A finales de julio se les sacó de la prisión para ir al lugar del suplicio. Atadas las manos a la espalda, se le colgó de ellas un cartel con la causa de su muerte: hacerse cristiana y evangelizar. Y eso hizo durante el camino siendo la animadora del grupo, “no temáis, amigos, -les decía- el tormento será breve y la gloria eterna, seguidme que este es camino de cielo. Se personó el shogun al lugar del suplicio tratando de ofrecerle una última oportunidad, repitiendo sus promesas. Magdalena, en esa ocasión le habló con tal ardor y convicción que Yemitzu quedó manifiestamente impresionado, y de no haber sido algo tan notorio, afirmaron algunos de los presentes, que hubiese dado marcha atrás en la sentencia. Con ánimo afectado dio orden de acabar cuanto antes.

El suplicio de las cuevas consistía en atar a la persona de los pies, colgándola cabeza abajo, con la mitad del cuerpo en una cueva a manera de pozo, luego se ajustaban a la cintura unas tablas y tierra, dejando medio cuerpo enterado en dicho pozo sin luz y muriendo ahogados por la sangre que bajaba a la cabeza y la angustia. Así les pusieron a los once, los diez compañeros de Magdalena murieron en breve, sin embargo ella, sin comer ni beber, sin luz y boca abajo duró catorce días, cosa que se tuvo por milagrosa ya que nadie aguantaba tanto tiempo. Fueron muchos los que se acercaron a presenciar el prodigio, porque no sólo por su duración era llamativo sino sobre todo por la actitud de la joven terciaria, a la que se escuchaba cantar alabanzas al Señor, con su bonita voz, como en sus mejores momentos.

Tenía unos guardas que la vigilaban día y noche para que no fuera rescatada por los cristianos, en una ocasión les pidió que la desatasen, lo que hicieron con prontitud pensando quería retractarse, pero ella con su gracejo característico se metió la mano en su bolsillo de donde sacó tres monedas de plata: tomadlas, les dijo, y comprad vino que estaréis cansados, yo quiero morir pobre como he profesado, ya podéis atarme de nuevo y volverme a la cueva. Refieren que, en otra ocasión, les preguntó: ¿queréis oír una canción?, al responderle afirmativamente empezó en lengua nipona el canto de unos himnos a Cristo.

Su canto sólo lo silenció la muerte que, al caer una lluvia abundante, llenó su cueva ahogándola. El shogun mandó quemar su cuerpo como era costumbre, pero para impedir que sus cenizas fueran veneradas por los cristianos, mandó echarlas al mar. Su muerte acaeció el 7 de agosto de 1634.

Siete años después de la explosión de la bomba atómica, el 1952, los agustinos abrieron una misión en Nagasaki, allí encontraron descendientes de los católicos que habían nutrido su fe clandestinamente. Ello mostraba cómo, a la gloria de su bien amado Jesucristo, el canto y la entrega de Magdalena de Nagasaki se perpetuaron por generaciones, a Él la gloria por los siglos. Amén.